

BIBLIOTECA CENTRAL  
17918

## CARTA PASTORAL

ANUNCIANDO SU TRASLACIÓN AL OBISPADO DE LINARES.



NÓS, EL DOCTOR Y MAESTRO DON IGNACIO MONTES DE  
OCA Y OBREGÓN, POR LA MISERICORDIA DE DIOS  
Y LA GRACIA DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE LINARES Y ADMINISTRADOR  
APOSTÓLICO DE TAMAULIPAS.

AL MUY ILUSTRE Y VENERABLE CABILDO DE MONTERREY, AL CLERO  
TODO Y AL PUEBLO DE AMBAS NUESTRAS DIÓCESIS

SALUD Y BENDICIÓN.

*Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:*

**H**ACE ya muchos meses que deseábamos dirigi-  
ros de un modo solemne nuestras letras pasto-  
rales. El mismo día décimonono de Setiembre  
del año próximo pasado, en que nuestro Santísimo Pa-  
dre el Papa León XIII nos preconizó Obispo de Lina-  
res, salimos fuera de los muros de la Eterna Ciudad, y  
á la sombra de la célebre Puerta Flaminia empezamos  
á escribiros palabras de salutación para los unos, de

adiós para los otros. Pero consideraciones de alto peso, que sabréis estimar en todo su valor, nos hicieron borrar las líneas que teníamos trazadas, y permanecemos silenciosos todo el tiempo que nuestros negocios y los vuestros nos detuvieron cerca del Vaticano.

Inoportuno, en verdad, habría sido el saludaros, oh diocesanos de Linares, cuando nuestro venerable Predecesor aún no había salido de vuestro territorio. Más inoportuno habría sido el perturbar vuestro dolor, cuando os veíamos anegados en lágrimas por la pérdida de un Pastor tan digno y tan celoso, que durante veintiséis años gobernó con tanta prudencia la diócesi, que ha unguido con sus propias manos á casi todos nuestros actuales cooperadores en el ministerio, que ha visto nacer á la generación presente, que ha derramado por donde quiera tantos beneficios, que ha curado tantas heridas, que es por último tan cordialmente amado de vosotros y de Nós mismo. Por otra parte, oh diocesanos de Tamaulipas, aún no había llegado el momento de despedirnos de vosotros. La Santa Sede Apostólica dispuso que siguiéramos siendo vuestro Prelado Ordinario, no sólo el tiempo que trascurrió entre nuestra propia traslación y el Consistorio en que fué preconizado el claro varón que ha de sucedernos; sino hasta que éste mismo tome posesión personalmente en el territorio de nuestro primer obispado. No había, pues, motivo urgente para enviaros desde Europa una Carta especial, y nos determinamos á permanecer mudos igualmente respecto de vosotros.

El eco de los aplausos y ovaciones con que fué aclamado en la cristianísima Puebla el Pastor que tanto ama-

ron en Linares; el espléndido triunfo que á Nós mismo preparasteis á la entrada á nuestra nueva capital, nos obligan á romper nuestro largo silencio. Si no el sentimiento, ha cesado el luto; si bien lloráis aún al digno varón que habéis perdido, no podéis menos que enjugar vuestras lágrimas, al verlo premiado por la Santa Sede con la primera silla episcopal de la República Mexicana, y venerado y querido y obsequiado hasta el delirio por sus nuevos súbditos. Ha llegado, pues, el tiempo de hablar que nos recuerda el Sabio; ya no es oportuno el silencio que hasta aquí era indispensable: *tempus tacendi, tempus loquendi* (Eccles. III, 7.)

Os saludamos con efusión, oh Clero venerando de nuestra nueva Iglesia, oh fieles, que seréis de hoy en adelante nuestra corona y nuestra delicia, *gaudium meum et corona mea*. Os damos las gracias por la brillante acogida que habéis hecho á vuestro nuevo Prelado y que nos promete días de paz, de felicidad y de gloria entre vosotros. Bien conocemos cuánto valen semejantes demostraciones de gozo, cuando aún no podéis consolaros por la pérdida del que fué vuestro Padre. ¡Ah! no podremos por cierto igualar su tino y prudencia, su tacto exquisito y extremada benevolencia; pero si algunas dotes aunque pequeñas nos ha concedido el Señor, si alguna experiencia nos ha dado la creación y difícil gobierno durante casi dos lustros de la vecina diócesi, el fruto será para vosotros; y cuanto somos, cuanto tenemos, todo será puesto á vuestra disposición.

Acabando de llegar de la Metrópoli del Mundo Católico, esperáis sin duda, Hermanos é Hijos Nuestros, que seamos portador no sólo de las Bendiciones del au-

gusto Pontífice León XIII, sino también de sus palabras y doctrinas, de sus intenciones y miras. Haremos esfuerzos para que no se frustren vuestros deseos y justísimas esperanzas. Ante todo, Venerables Hermanos, queremos poneros de nuevo ante los ojos la admirable Encíclica de Agosto del año próximo pasado, que á vosotros, como maestros natos de la juventud, en virtud de vuestro santo ministerio, os concierne de un modo especial. No habéis olvidado de cierto ese memorable documento que ha causado una verdadera revolución en el mundo científico, y ha hecho resplandecer con doble brillo al Sol de las Escuelas, disipando las nubecillas que se le habían agrupado en derredor.

“Así como los enemigos del nombre católico (dice el sabio Pontífice reinante) al entrar en campaña contra la Religión piden casi siempre á la razón filosófica sus armas y pertrechos de guerra; así los defensores de las ciencias divinas sacan del arsenal de la filosofía la mayor parte del armamento con que han de combatir por los dogmas sagrados. No es, en verdad, uno de los menores triunfos de la fé cristiana, el hecho que la razón humana por sí sola rechaza y aniquila las armas de los contrarios, recogidas para hacernos daño en el campo de la misma razón. San Jerónimo menciona esta especie de combate espiritual usado por el Apóstol, cuando dice escribiendo á Magno: *Pablo, orador invicto y caudillo del ejército cristiano, perorando la causa de Cristo, convierte áun una frase lanzada al acaso en argumento en pro de la fé: había aprendido del David del antiguo Testamento á arrebatar la espada de las manos del enemigo, y á tronchar con su propio alfanje la cabeza del soberbio Goliat.*”

En estas frases, extraídas al acaso del mar profundísimo de sabiduría en que abunda la Encíclica pontificia, veis, Venerables Hermanos, la conducta que el Padre Santo quiere que observemos en la época presente. Debemos vencer al enemigo con sus propias armas, luchar contra la orgullosa filosofía anticatólica, oponiéndole la filosofía cristiana, armándonos de ciencia contra la ciencia, sirviéndonos de la razón contra la razón, de las letras contra las letras.

¡Oh! ¡Sólida armadura debe tener el cristiano que quiera entrar en la terrible liza! ¿Dónde la encontraremos? ¿Dónde podremos revestirnos de un acero del temple que requiere esta edad de investigaciones y de estudio? El dedo augusto del Vicario de Cristo nos lo señala con una precisión y con un tino, que no sin razón han dejado absorto al mundo entero.

“Aunque aceptamos, y declaramos que debe aceptarse de buena gana y sin vacilar cuanto se ha dicho sabiamente, todo lo útil que se ha inventado ó excogitado, sea por quien se fuere; no obstante, os exhortamos con todas nuestras fuerzas á que, para defensa y brillo de la fé católica, para el bien de la sociedad y para el progreso de todas las ciencias, restablezcáis el estudio de la sabiduría de oro que resplandece en las obras de Tomás de Aquino, y lo propaguéis y lo extendáis con todas vuestras fuerzas.”

Pocas páginas más arriba hace en breves líneas el pánegírico del insigne Santo cuyas obras ensalza.

“Fué su carácter dócil y su ingenio agudo, su memoria fácil y tenaz, su vida integérrima. No amó más que la verdad, fué riquísimo en ciencia divina y humana. Se

le ha comparado al sol, y en efecto, con el fuego de sus virtudes ha calentado al mundo, lo ha iluminado todo con el esplendor de su doctrina. No hay ramo de la Filosofía sobre que no haya disertado con agudeza á la par que con solidez. Disputó sobre las leyes del raciocinio, sobre Dios y las sustancias incorporeas, acerca del hombre y las demás cosas sensibles, sobre los actos humanos y sus principios; y lo hizo de tal suerte, que en él hallamos abundantísima cosecha de cuestiones, una división de materias admirablemente adaptada, un método clarísimo, gran firmeza de principios y solidez de argumentos, lucidez y propiedad en las expresiones, y una facilidad maravillosa para explicar las cuestiones más abstrusas. Además, el angélico Doctor trató las cuestiones filosóficas con razones y principios que se extienden y dilatan profusamente, y encierran en su seno la simiente de verdades casi infinitas que puedan desenvolverse y explicarse por maestros futuros, cuando el tiempo y la oportunidad lo requieran.”

No es, pues, extraño que á tan sabio varón y sus obras sin rival vuelva los ojos el Piloto de la Iglesia, y nos señale el Sol de Aquino, como el único faro que ha de guiarnos en la presente borrasca. No es nuestro objeto copiar el triste cuadro que la Encíclica presenta, de los errores filosóficos en que se ha ido cayendo, y del método débil é insuficiente que ha invadido aun á muchas escuelas católicas. Debemos únicamente, con nuestro venerado Jefe, exhortaros á volver á la filosofía sólida de los Escolásticos y de su Príncipe Santo Tomás; y á cuidar de que no se beba el agua corrompida en vez de pura, y á este fin se procure acudir á la fuente misma, ó por lo menos á los arro-

yuelos que de ella salen límpidos y claros, y allí embriagarnos con la sabiduría del Doctor Angélico. Ya hemos dictado las órdenes necesarias para que en nuestros seminarios se lleven á cabo los deseos del augusto Pontífice: réstanos ahora exhortaros á todos á que procuréis que la enseñanza filosófica sea sólida y sana, aun en aquellos planteles que de Nós no dependen directamente.

Y que nadie se asombre al oír hablar de *escolasticismo*, ni crea que el sabio León XIII quiere proscribir los estudios que trajo consigo el *Renacimiento*, ni los adelantos de las ciencias físicas y morales. De lo primero, son evidente prueba el estilo clásico y brillante con que traza su augusta pluma los documentos pontificios que admiramos, el delicado gusto que brilla en todas sus composiciones en prosa y en verso, y el método de estudios adoptado *ab antiquo* y continuado hasta el día en las Academias é Institutos que de la Santa Sede dependen. De lo segundo nos dan testimonio inequívoco, además de varios discursos de Su Santidad recientemente pronunciados, las siguientes líneas de la citada Encíclica.

“Si algo hay en los doctores escolásticos rebuscado con nimia sutileza, ó consignado con poca prudencia, si algo encontramos que no convenga con las doctrinas ciertas y bien averiguadas de las edades posteriores, ó que por cualquier otro motivo no merezca nuestra aprobación, de ninguna manera queremos proponerlo á la imitación del siglo presente. *Si quid enim est a doctoribus Scholasticis vel nimia subtilitate quæsitum, vel parum considerate traditum, si quid cum exploratis posterioris ævi doctrinis minus cohærens, vel denique quoquo modo non pro-*

*babile, id nullo pacto in animo est ætati nostræ ad imitandum proponi."*

Después de este venerable documento, que tan profunda ciencia revela, otro de no menor importancia nos fué comunicado á los Prelados del Orbe Católico, que de otra manera y en otra ocasión se os trasmirá íntegro, y á que ahora queremos hacer únicamente referencia. Hablamos de la Encíclica de 10 de Febrero del presente año sobre el *Matrimonio Cristiano*. ¡Qué asunto tan interesante, amados Hijos Nuestros, hoy que tantos errores se cometen así en la teoría como en la práctica, en un asunto de tanta trascendencia; hoy que la nación de Europa que aún se llama cristianísima, quiere llevar el desorden y la confusión en la familia hasta el último extremo, sancionando leyes que autoricen el divorcio! No podía permanecer silencioso el Padre de los fieles, y con la maestría y cordura que le son características como hombre, con la unción y autoridad que le competen como Vicario de Jesucristo, se apresuró á poner un dique al torrente próximo á desbordarse.

El origen divino del matrimonio, los errores de los gentiles acerca del mismo y los males que de aquí resultaron; la dignidad de sacramento á que Jesucristo lo sublimó, todo lo recuerda y explica nuestro augusto Pontífice con admirable claridad. Recuerda á los fieles que el vínculo matrimonial fué declarado indisoluble por Cristo mismo y por el Apóstol San Pablo; y citando textos escogidos de los Santos Padres, y en especial de San Jerónimo, hace ver el contraste de la condición de la mujer, tal como la constituye el matrimonio cristiano, y la degradación y servidumbre á que la redujo el pa-

ganismo; triste condición á que han querido otra vez humillarla muchas de las doctrinas modernas, y en especial las que profesan los Naturalistas, Mormones, Socialistas y otros sectarios parecidos. Después de enumerar los servicios hechos por la Iglesia á la sociedad y á la familia siempre que se ha tratado del matrimonio, y de recordar la firmeza invencible con que aquella se ha opuesto aun á los más poderosos reyes y emperadores, cuando han querido romper los vínculos sagrados que Dios atara y que á nadie es dado romper, escribe el sabio Pontífice las siguientes frases, que queremos presentaros íntegras.

“Siendo todo esto así, todos los gobernadores y administradores de la cosa pública, si hubiesen querido seguir los dictámenes de la razón y de la verdadera ciencia, y contribuir á la utilidad de los pueblos, hubieran debido preferir dejar intactas las leyes del matrimonio y aceptar la cooperación de la Iglesia para tutela de las costumbres y prosperidad de las familias, á constituirse en enemigos de la misma, y acusarla falsa é inicua de haber violado el derecho civil.

“Y esto con tanta más razón, cuanto que no pudiendo la Iglesia Católica declinar en cosa alguna del cumplimiento de su deber y defensa de su derecho, por eso mismo suele ser más propensa á benignidad é indulgencia en todo aquello que puede componerse con la integridad de sus derechos y santidad de sus deberes. Por esta causa jamás estableció nada acerca del matrimonio, sin poner antes la vista en el estado de la comunidad y en las condiciones de los pueblos; y más de una vez mitigó, en cuanto pudo, lo prescrito por sus leyes, cuando